

Stanley G. Payne

Departamento de Historia

Universidad de Wisconsin-Madison

sgpayne@wisc.edu

Reseña del libro: Inger Enkvist, *El naufragio de la Segunda República. Una democracia sin demócratas*, La Esfera de los Libros, Madrid 2024, 214 pp.

En su muy conocida obra *Modern Times*, el historiador británico Paul Johnson observó que probablemente haya más distorsiones y falsificaciones con respecto a la Guerra Civil Española que en cuanto a cualquier otro aspecto importante del siglo XX en Europa. Esto es probablemente cierto, y todavía más en el siglo XXI, cuando tal sesgo ha sido reclamado oficialmente como política formal por los Gobiernos socialistas españoles de José Luis Rodríguez Zapatero y de Pedro Sánchez.

De todas estas falsificaciones, tal vez la mayor es «el mito de la República», según la cual la Segunda República constituía un sistema liberal y democrático desde su principio hasta el fin, incluido el periodo final del Frente Popular. El Gobierno de esta coalición de izquierdas habría sido, en 1936, víctima pacífica e inocente de un asalto provocado por las fuerzas de derecha y sus aliados internacionales, un conjunto convenientemente designado por la voz «el fascismo».

La distinguida estudiosa sueca Inger Enkvist sale al paso de este mito, con su análisis histórico breve de la vida política de España durante los cinco años turbulentos de la República. Su nombre es relativamente desconocido en la historiografía española, porque esta es su primera obra de historia española contemporánea propiamente dicha, aunque ella es archiconocida dentro del mundo de la cultura hispánica por sus extensos y distinguidos logros en estudios de literatura, filología y temas de Hispanoamérica, y más recientemente por sus notables trabajos en la metodología y reforma de la educación, esta última un campo en que ha ganado un renombre internacional y ha sido condecorada varias veces por los gobiernos españoles. Es catedrática emérita de Filología Española en la Universidad de Lund en el sur de Suecia.

Su libro no es una obra de investigación primaria, sino un estudio que se basa en dos fuentes: la extensa cantidad de materias publicadas por los políticos republicanos y los estudios críticos por los historiadores profesionales que, lentamente, han llegado a ser más numerosos en años recientes (aunque

normalmente silenciados por la cultura semioficial de izquierdas en Historia Contemporánea, presente en la mayor parte de las universidades españolas).

Enkvist dedica su primer capítulo a un breve análisis del contexto general de desarrollo de España a comienzos del siglo XX, subrayando que no se trataba de un país «feudal» (según el mito marxista) sino de uno relativamente normal del suroeste de Europa, siguiendo un proceso de crecimiento y modernización que lograba cierta aceleración en este esfuerzo, y empezaba a quemar etapas. Luego pasa a la historia política de la primera parte del siglo, con la atención debida a la llamada revolución de 1917 en España, la primera experiencia de revolución radical en el siglo, con un segundo capítulo dedicado al régimen del general Miguel Primo de Rivera, seguido por un tercero que trata de la caída de la Monarquía y el advenimiento de la República.

La historia política de los cinco años de la República constitucional está estudiada en tres capítulos extensos, que examinan los dos bienios y finalmente el Gobierno del Frente Popular entre febrero y julio de 1936. No se entra en el estudio de la tercera «República de nuevo tipo» de la Guerra Civil, terminándose el análisis empírico con el asesinato de José Calvo Sotelo, que marcó el final definitivo de la República constitucional. El último capítulo está dedicado a la «Actualidad de la Segunda República en la historiografía y la política».

Sintetizando su análisis, se puede decir que Enkvist encuentra la democracia y la legalidad constitucional solamente en los Gobiernos del centro democrático de Alejandro Lerroux en 1934-1935 y que la práctica democrática en España tuvo como consecuencia principal la insurrección revolucionaria de los socialistas y sus aliados en 1934, la más poderosa contra un gobierno constitucional jamás habida en la historia de la Europa occidental contemporánea. Enkvist analiza en detalle la historia del Partido Socialista Obrero Español (PSOE) y también la posición, valores y objetivos políticos de los nuevos republicanos de izquierda en 1930-1931. En todos ellos encuentra una radicalización persistente y un desprecio generalizado por una práctica democrática igual para todos, algo que faltaba casi totalmente. Presta una atención exacta al modo en que el comité revolucionario republicano acaparó el poder en 1931 y encuentra poquísima legalidad y mucho oportunismo y coerción (lo que en otra ocasión yo he llamado un «pronunciamiento civil» en vez de un pronunciamiento militar, que había sido el plan original de los republicanos). Analiza luego los Gobiernos de Niceto Alcalá Zamora y Manuel Azaña en 1931-1933, repletos de coerción y represión arbitrarias, y poca democracia y escaso constitucionalismo y, por tanto, nula igualdad ante la ley.

Enkvist dedica mucha atención a los líderes de los partidos y agrupaciones principales, una atención muy apropiada por la importancia muy desproporcionada de estos líderes. Lo que llama la atención es la extraordinaria mediocridad y egoísmo de estos, su enorme desprecio por sus rivales, y la falta casi completa de interés en la práctica de la democracia y el reconocimiento de los derechos constitucionales de sus adversarios. Que los partidos revolucionarios quisieran

subvertir la democracia no es en sí mismo sorprendente, pero el papel destructivo de los moderados y semi-moderados como Alcalá-Zamora y Azaña tenía pocos o ningunos precedentes en la historia de otros sistemas constitucionales en el mundo occidental. Así la historia del desastre de la República es, ante todo, la historia del desastre de los líderes republicanos.

La autora demuestra que la historia política de los republicanos de izquierda y de los socialistas nunca era de verdad una historia de democracia. Los socialistas tenían como objetivo la imposición de la revolución, mientras los republicanos de Azaña, aunque no tan revolucionarios, identificaban la República con su proyecto político, no con las libertades democráticas, asociando este republicanismo con un reformismo radical que de hecho rechazaba la historia de España a favor de un adanismo que intentaba convertir al país en un régimen exclusivamente laico y parecido a la Tercera República en Francia en sus momentos más radicales. Así durante el primer bienio de 1931-1933 el país no gozaba de la libertad política sino de un régimen de censura y de una marcada restricción de derechos políticos para conservadores. Sin embargo, no pudieron evitar nuevas elecciones libres en 1933 y, una vez perdidas éstas como consecuencia de una reacción cívica de los ciudadanos españoles, los socialistas pasaron a la revolución violenta, con el respaldo pasivo de los republicanos de izquierda.

Aún más extraordinario fue lo que vino después, con las izquierdas victimarias disfrazándose de víctimas, impugnando al primer Gobierno realmente democrático del país como verdugo y tirano por haber defendido la legalidad republicana. Las izquierdas no renunciaron a la bandera de la insurrección y la violencia, sino meramente incorporaron estas ambiciones dentro del espectro de sus objetivos políticos.

Pero en 1935-1936 sí tuvo lugar un cambio fundamental en que se abandonaba el insurreccionismo que había caracterizado a las izquierdas de 1930 a 1934 a favor de un aliancismo que pretendía monopolizar a la República instrumentalizando sus propias instituciones, un cambio táctico no meramente de las izquierdas españolas sino a nivel internacional por la Comintern soviética. Para entender esto, hay que recordar que desde el golpe de Estado bolchevique y la guerra civil en Rusia a partir de 1917, la táctica comunista para ganar el poder en todas partes se había basado en la insurrección violenta y la guerra civil. El comunismo era muy débil en España hasta 1935-1936 pero sin embargo tenía una contrapartida española en la tradición de las izquierdas del país de insurreccionismo y pronunciamientos militares que había persistido desde aproximadamente 1816. Pero tanto la táctica izquierdista española como la comunista habían fracasado completamente.

Una táctica nueva había sido originada por Benito Mussolini y el fascismo italiano inicialmente en 1922, cuando su líder se dio cuenta que no existía la menor posibilidad de éxito del golpismo fascista dentro de un Estado moderno consolidado y en paz, sino que sería necesario mantener una fachada de legalidad,

empleando la estrategia de formar una nueva alianza política orientada a dominar por medio de las mismas instituciones establecidas, empleando las elecciones y una legalidad nominal para ejercer el poder inicialmente limitado desde dentro y no desde fuera, por medio de estas mismas instituciones hasta desnaturalizarlas. (Adolfo Hitler, menos listo y astuto que Mussolini, intentó la «táctica comunista» en Múnich en 1923, casi muriéndose violentamente en el esfuerzo. Pero aprendió la lección, y desde allí en adelante adoptaba la «táctica fascista», eventualmente con éxito).

En 1935 se proclamó oficialmente el cambio táctico comunista con la adopción formal de la política aliancista y nominalmente legalista del Frente Popular, mientras en España tanto Manuel Azaña como el sector socialista de Indalecio Prieto habían llegado a la misma conclusión de modo independiente, aunque luego se adoptó el lema comunista del Frente Popular para lograr mayor resonancia. Además se puede decir que, desde entonces, esto ha sido la táctica más frecuentemente preferida por los movimientos radicales dentro de sistemas políticos modernos.

Puesto que las izquierdas identificaban a la democracia con el dominio de las izquierdas, se diría que el triunfo del Frente Popular en las elecciones del 16 de febrero de 1936 representó la victoria y la restauración de la democracia, pero la verdad estaba del revés. El fraude electoral y la falsificación del sufragio y de los escaños en aproximadamente el 15% de los distritos representó el comienzo del fin de la democracia republicana, la destrucción de la legalidad, el comienzo de la nueva violencia y las alteraciones revolucionarias, y la iniciación del paso a otro régimen político, la república del Frente Popular revolucionario. El hecho de que el Gobierno quedaba en manos del partido de Azaña y no de los movimientos abiertamente revolucionarios estaba diseñado para esconder esta realidad, y los mismos azañistas parecían no saber exactamente donde iban a acabar, pero en la práctica servían solamente a facilitar esta entrega. Todo eso está magistralmente detallado por la profesora Enkvist.

Se ha asegurado que una completa revolución española no podría triunfar nunca porque los revolucionarios mismos estaban tan divididos y reñidos entre sí. Probablemente es verdad que una completa revolución española nunca hubiera tenido éxito a largo plazo, por su pura confusión y las divisiones internas, pero ya se estaba llevando a cabo el proceso de la exclusión política, que por el mes de julio de 1936 se había eliminado cualquier poder y participación del centro o la derecha en España. El principal partido revolucionario, los socialistas, estaba muy dividido internamente pero sin embargo siempre conseguía cerrar filas en esa política de exclusión del centro y la derecha. En 1936 algunos de sus líderes anunciaban que el PSOE era el único partido socialista europeo que se posicionaba a la izquierda de los comunistas.

En parte eso era verdad, pero los socialistas habían conseguido crear las condiciones para que el comunismo creciera rápidamente y lograra verdadera importancia por primera vez durante el invierno y la primavera de 1936.

A pesar de que tanto los socialistas como los anarquistas eran organizaciones mucho más grandes, los comunistas constituían el único movimiento revolucionario verdaderamente unido desde su cima y con un plan coherente, y todo esto estaba dirigido y respaldado por una gran potencia en Moscú. Por eso, paradójicamente, en la primavera de 1936 los comunistas en parte actuaban para restringir a los ultrarevolucionarios del PSOE y la Federación Anarquista Ibérica-Confederación Nacional del Trabajo (FAI-CNT). Por primera vez en cualquier país, la dirección comunista en Moscú creía que existían las condiciones para ganar y ejercer el poder por la legalidad, empleando las mismas instituciones del orden prerrevolucionario republicano, que les daría una cobertura y un disfraz perfectos. En vez de promover la guerra civil, su política y meta principal por más de quince años, en España ya se daban las circunstancias para que los revolucionarios pudieran acceder al poder disfrazados de legalidad, con el poder meramente nominal en manos de sus aliados teóricamente algo más moderados.

Desde 1935 muchos comentaristas e historiadores han dicho que con la adopción de la táctica del Frente Popular los comunistas habían renunciado a la revolución. Esta noción refleja o la ingenuidad, o un intento de engaño deliberado, o la pura pereza mental, porque los comunistas explicaron sus mismas intenciones en las declaraciones oficiales de 1935. La nueva táctica, decían, no suponía renunciar a la revolución sino que aceleraba su progreso a través de un procedimiento más eficaz. Para España esto significaba un plan revolucionario en tres etapas. La primera, eliminaría cualquier contrapeso por parte de la oposición del centro y la derecha para introducir una «República de nuevo tipo» exclusivamente de izquierdas y mucho más radical. (La verdad es que varias versiones de esto habían sido el objetivo de la mayor parte de las izquierdas españolas desde 1931). En la segunda etapa, esta «República popular» exclusivamente izquierdista daría paso a un régimen más avanzadamente revolucionario, una República Obrera y Campesina, mientras la tercera etapa daría paso a la pura utopía: la República completamente comunista.

Toda esta política ha sido posible entender solamente después de la apertura de los archivos soviéticos en los años noventa del siglo pasado. El comunismo español llegó a ser realmente importante sólo con el comienzo de la Guerra Civil, transformándose en el partido de la guerra a ultranza por excelencia. Pero el partido principal del Frente Popular seguía siendo el socialista, por sus mayores números y porque los principales líderes de la República revolucionaria –Francisco Largo Caballero y Juan Negrín– fueron socialistas. El presidente nominal, Azaña, pasó a ser una figura principalmente de fachada, de cara al mundo extranjero. Como él mismo reconoció en su *Diario*, si los revolucionarios ganaran la guerra, él y sus compañeros de partido no tendrían el menor papel en la España revolucionaria de posguerra y tendrían que emigrar, si es que se lo permitían. Así entendió la función autodestructiva de su propia política, después de una carrera dedicada al puro suicidio político. Esto fue lo que el primer historiador serio de la República, Josep Pla (cuya obra en cuatro tomos

está suprimida por la censura semioficial del contemporaneismo español) llama «el kerenskyismo ideológico» de Azaña, una frase tan exacta como inmejorable.

Como Enkvist explica, la República democrática moría por etapas. Empezaba a desaparecer con el fraude de las elecciones de febrero de 1936, que inauguraba una situación protorrevolucionaria y un nuevo Gobierno arbitrario que no denunció la Constitución formalmente pero que renunciaba a su aplicación en la práctica. Este periodo de transición duró cinco meses hasta el comienzo de la guerra. La transición se terminó el 19 de julio de 1936 con la plena provisión de las armas del Ejército y la Policía a las organizaciones revolucionarias y el traspaso del poder de facto a los partidos y sindicatos de izquierda, con el comienzo de la imposición violenta de la revolución directa.

Enseguida, sin embargo, con la muerte de la República constitucional y la imposición de la violencia revolucionaria en masa empezó a surgir el «mito de la República» y de «la democracia amenazada por el fascismo». ¿Cómo ocurrió esto? Fue sobre todo un concepto y lema acuñados en Moscú por la Comintern, aunque también por algunos de los republicanos de izquierda semimoderados. El objetivo de la Comintern era sobre todo defender los intereses y seguridad internacional de la Unión Soviética y fortalecer su posición. Uno de los objetivos básicos de la táctica del Frente Popular fue el de conseguir aliados internacionales contra Alemania y enseguida se daba cuenta que el ejemplo de un proceso revolucionario violento no iba a ser atractivo para los ciudadanos de países libres como Francia y Gran Bretaña, los socios deseados. Por eso, casi desde el primer día se puso énfasis en mantener la fachada de una «República democrática» para tratar de ganar apoyo internacional, con el objetivo no de definir la contienda como lo que era –una lucha entre revolucionarios y contrarrevolucionarios– sino entre «demócratas» y «fascistas». «República democrática» sonaba mejor y lograba una gran resonancia internacional, se tomaba muy en serio en no pocos círculos (aunque no en los ambientes mejor informados) y ha tenido una vida más larga que cualquier otro eslogan político igualmente hueco.

Otro gran cambio de lema propagandístico tuvo que ver con la cuestión de la unidad y la independencia nacionales. Bajo la República las izquierdas no habían respaldado el patriotismo español, que ellos asociaban con las derechas (siendo en esto muy diferentes de los liberales decimonónicos), mientras tendían a alentar el nacionalismo periférico. Pero una vez que quedaba evidente que Italia y Alemania prestaban ayuda militar a los insurrectos nacionales de centro y derecha, los partidos del Frente Popular enarbolaban la bandera del patriotismo y la independencia de España y buscaban persistentemente equiparar 1936 con 1808, y eso no obstante de sus varias iniciativas durante la contienda de entregar trozos del territorio a otras potencias u otorgarles facilidades para ganar su apoyo.

En mi propio caso personal, yo fui educado en cuestiones de historia política contemporánea bajo la mantra de «la República democrática». Pronto aprendí algo de la revolución en la zona republicana, pero la creía un fenómeno

secundario y que el esfuerzo «republicano» se dedicaba a defender la democracia. Como consecuencia de mis primeras pesquisas, me di cuenta que algunos puntos de la narrativa izquierdista fueron erróneos pero los creía de un significado muy limitado.

Mis dos primeros libros sobre España trataban principalmente de las derechas, como consecuencia de la victoria del general Francisco Franco, pero luego los editores W. W. Norton & Co. en Nueva York me pidieron que emprendiera un estudio a fondo de la revolución en España como una de las diez más importantes «Revolutions in the Modern World». Entonces no existían verdaderos archivos de la revolución y tuve que localizar materiales de un modo bastante ecléctico, concentrándome sobre todo en las memorias, publicaciones políticas y la gran variedad de folletos revolucionarios, y con los fondos de la Burnett Bolloten Collection en Stanford, la Southworth Collection en San Diego y el Instituto Internacional de Historia Social en Ámsterdam, con sus fondos anarquistas.

Lo que encontré me dejó pasmado, más asombrado que en el caso de cualquier otro proyecto mío de investigación en casi setenta años de trabajo en la historia de España. Los resultados se incorporaron en el libro *The Spanish Revolution* (1970), el primer libro de investigación en cualquier idioma que revelaba la realidad del proceso revolucionario de la Segunda República. No puedo decir que pasó desapercibido, porque la revista «Book World» del *Washington Post* lo nombró uno de los cincuenta libros más importantes del año y luego hubo dos traducciones diferentes al español, ambas publicadas en Barcelona. Sin embargo, no gustó nada a los criterios dominantes izquierdistas de la época. Mientras mis dos libros anteriores habían tratado a las derechas desde una perspectiva crítica y habían sido rotundamente aplaudidos, un estudio que cuestionaba el mito de la República encontraba una recepción muy diferente. En vista de eso, no quería dar con la cabeza contra una muralla cerrada de crítica que dominaba el ambiente cultural y político, y así por más de veinte años me dedicaba a otros temas apremiantes. Solamente en el siglo XXI han emergido una serie de nuevos estudios que cuestionan el mito, desde la perspectiva de nuevas investigaciones más amplias y profundas de estudiosos nuevos y más jóvenes. Página por página, el libro nuevo de Inger Enkvist es el más preciso y claramente enfocado análisis de todos, y sin duda el más útil al lector bisoño.

Como he indicado antes, su último capítulo está dedicado a la situación actual de la historiografía en España y aún más a la postura oficial de los Gobiernos socialistas de nuestro siglo, con su insistencia en convertir la historia en un arma política. Este capítulo empieza con un breve análisis de nueve de las publicaciones más típicas de la historiografía más reciente, en que encuentra poco más que otras elaboraciones del mito, la historia de la República siendo tratada según ideas preconcebidas, con la supresión de datos objetivos incómodos y con resultados que no se ahondan en la realidad histórica. El mundo historiográfico español está dominado por un universo mítico cerrado a la

verdad histórica con respeto a la República. Es igualmente un mundo cerrado al diálogo, en gran parte sujeto a un pensamiento único.

Hasta peor es el caso de la política nacional oficial, bajo Zapatero y Sánchez dedicados a la completa politización de la historia reciente, recreando en un país occidental democrático una situación extrañamente parecida a la de la Unión Soviética. En la discusión de esta asombrosa legislación, Enkvist presenta su propia reflexión sobre la polémica provocada por el auge de la «memoria histórica» o «memoria colectiva», tan de moda en la última generación. Su primera crítica es que tal cosa no constituye una verdadera memoria, puesto que ésta es siempre y exclusivamente individual, y por eso subjetiva y falible, lo que significa que tampoco puede ser genuina historia, en el sentido de formar parte de un campo de estudio que es riguroso, firmemente documentado en fuentes primarias, no meramente subjetivo sino sujeto a la crítica objetiva en la mayor medida posible.

O sea, que la «memoria histórica» no es ni verdadera memoria ni verdadera historia. Aquí uno de los errores conceptuales básicos yace en la insistencia ingenua de que la historia es singular, mientras en la realidad es múltiple, plural y casi siempre muy complicada.

La llamada «memoria histórica» es otra cosa. Es siempre una interpretación o versión de historia no definida por la memoria individual –la única forma de memoria que realmente existe– sino como formada por un grupo, un colectivo, alguna entidad organizada o política, a veces un Estado, y entonces diseñada o impuesta por tal entidad. Y si es un Estado, por la fuerza arbitraria, como en el singular caso español.

La frecuencia con la que se ha convertido la historia en una arma política –lo que se llama en inglés «the weaponization of politics»– es un resultado de los nuevos términos políticos del siglo XXI en que las antiguas ideologías clásicas del siglo pasado han sido desacreditadas y se encuentran ya caducas. Hacen falta argumentos nuevos y la historia es muy útil para este empeño, pues ofrece un sinfín de datos y problemas, los cuales pueden ser fácilmente tergiversados en interés de un partido o grupo, mientras la historia en sí es incapaz de responder. Las llamadas «guerras de la historia» existen actualmente en muchos países y han conseguido ahondar las diferencias políticas. En Europa han sido especialmente agudas en países recientemente muy conflictivos como Grecia y Ucrania.

También muy importante es el auge de la cultura del «victimismo» en el siglo XXI, en que se pasa automáticamente a considerar como víctima a casi cualquier derrotado. Es interesante notar que la última de las leyes españolas –la llamada «Ley de Memoria Democrática», promovida por el muy poco democrático y constitucional Pedro Sánchez– no tiene absolutamente nada que ver con la historia de la democracia española, originalmente destruida por las izquierdas bajo la Segunda República. Ignora y silencia todo esto, para dedicarse exclusivamente a publicitar los crímenes y arbitrariedades bajo Franco, que nada tienen que ver con la historia de la democracia.

En vez de eso, es Inger Enkvist quien nos ha dado la verdadera historia de la destrucción de la democracia en España. Su cristalina claridad, su objetividad y sus dimensiones muy escueta y directamente enfocadas dan al lector la más asequible guía a este proceso, cuyo conocimiento es silenciado por la historiografía dominante en España, pero aún más por eso absolutamente indispensable en esta época de las guerras de la historia.